

cilianas é italianas que supieron como Cartago encontrar la riqueza, pero que al mismo tiempo fueron ardientes focos donde se elaboraron las maravillosas obras del arte y del pensamiento? Aun en aquella tierra de Africa, que tanto tiempo tuvo bajo su dominación, ¿qué dejó Cartago? Su lengua, que seiscientos años después hablaban aun los contemporáneos de San Agustín; pero ni un monumento, ni un libro. Sus instituciones son un problema de que Aristóteles y Polibio dan soluciones diferentes; sus artes no produjeron más que informes figuras, sólo dignas de los insulares de la Oceanía; nueva prueba del genio iconoclasta de las razas semíticas; y á la suma de ideas ya esparcidas por el mundo, no añadió absolutamente nada. Si de Roma no nos hubieran quedado más que las inscripciones de sus sepulcros, podríamos reconstituir con ellas su organización civil y militar, su filosofía y su religión; mientras las este-

las funerarias de Cartago sólo nos revelan una devoción estéril.

El recuerdo de una brillante fortuna comercial, de una religión cruel y de una audaz circunnavegación, algunos fragmentos de viajes (1), algunas recetas de agricultura, de que los latinos no tenían necesidad; en fin, el honor de haber detenido por espacio de un siglo los destinos de Roma, y en la última hora, el generoso ejemplo de un pueblo entero que no quiere sobrevivir á su patria: he aquí toda la herencia de Cartago.

Grecia y Roma nos legaron otra cosa. No se diga que los romanos lo destruyeron todo: Mummio y Sila no fueron menos terribles en Grecia que Escipión en Africa; y sin embargo, la civilización no se perdió bajo los escombros de Corinto y Atenas: el espíritu es como el fuego del templo; se encuentra aun bajo las ruinas.

CAPÍTULO XXXIII

SUMISION DE ESPAÑA Y DEL ASIA PERGAMENSE

I. — SUMISION DE ESPAÑA (178-133)

Cartago, Macedonia y Corinto habían sucumbido: España resistía siempre. Y es que no tenía grandes ciudades por donde poderla asir, ni en sus pueblos del centro y del Oeste grandes riquezas muebles, móviles, portátiles, que excitando la codicia de los campesinos del Lacio hicieran los reclutamientos numerosos: estaba también muy lejos. De Siracusa á Cartago, de Brindis á Dirraquio, la travesía era corta y poco peligrosa, y por la Tracia ó las Cícladas se iba también fácilmente al Asia. No con tanta facilidad podía hacerse el viaje á España: en vez de hacer rumbo directo de Ostia á Cartagena cruzando el mar Tirreno, tenían que remontar lentamente las legiones el litoral etrusco hasta el magnífico golfo de Spezia, *Luna Portus* (2), donde los romanos habían establecido un arsenal marítimo, que ha venido á ser el Brest y el Tolón de los italianos modernos (3). Embarcados en este puerto, costeaban con precaución la Liguria, abrigando sus navíos tras las rocas de las playas al menor indicio de tempestad y guardándose muy mucho de las emboscadas de los montañeses, siempre que era menester saltar en tierra. Del Var al Ródano se pasaba más rápidamente por delante de las factorías amigas de los masalio-

(1) Salustio (*Jug.*, 20) habla, sin embargo, de algunos historiadores cartagineses; pero lo que de ellos toma es bien extraño. El senado romano, en vez de destruir los libros encontrados en Cartago, hizo traducir la obra de Magón sobre agricultura y dió las otras á los príncipes de Africa, sin duda después de haber reconocido que no había otro provecho que sacar de ellas. (Plin. *Hist. nat.*, XVIII, 22.) Nosotros tenemos la versión griega del viaje de Hannón y una versión latina de algunos fragmentos del viaje de Himilcon.

(2) Penetra, en efecto, más de 11 kilómetros tierra adentro, y todavía existe á su entrada una pequeña ciudad que Tolomeo llamaba Puerto de Venus (*Porto Venere*).

(3) Estrabón, que lo llama también *Σελήνη; λιμὴν*, lo considera como el más bello puerto del mundo. Tito Livio hace de él punto de reunión de todas las flotas romanas (XXXIV, 8, y XXXIX, 21, 32). Ennio lo celebra:

Lunai portum, est opera, cognoscite, cives!

Y Perseo que allí habitó lo admira:

*Qua latus ingens
Dant scopuli et multa litus se omne receptat.*

(Sat., VI, 7, 8.)

tas; pero del Ródano á los Pirineos había que tener mucha prudencia para atravesar aquel mar llamado justamente el golfo del León. El desembarco se hacía en Ampurias y con más frecuencia en Tarragona: desde aquí tenían las cohortes que andar aun hasta llegar á la región, donde estaban las tropas que habían de relevar, y que de ordinario operaban al otro extremo de España.

Todas estas circunstancias explican cómo necesitaron los romanos tres cuartos de siglo para acabar con las insurrecciones de los españoles, cuando les bastaron algunas campañas para domar reinos famosos.

Desde la pacificación de este país por Sempronio Graco en 178 hasta el año 153, la tranquilidad de ambas provincias no fué turbada más que por una sublevación de los celtíberos. En 170, un fanático de religión y patriotismo recorría los villorrios de la Celtiberia enseñando una lanza de plata que suponía haber recibido del cielo, y ante la cual iban á huir despavoridas las legiones romanas. Una noche procuró penetrar en la tienda del cónsul y fué muerto por los guardias: su muerte desbarató la insurrección. Este movimiento indica que no estaba aceptada todavía por España la dominación romana. Tenía, en efecto, demasiadas minas de oro y plata para no excitar la codicia de los preto-

res, y estos eran demasiado ávidos para hacer escrúpulos de ninguna extorsión; de tal manera que en medio de las inquietudes de la guerra con Perseo, se vió el senado en la precisión de parecer justo é interpuso su autoridad. Pero la nueva nobleza sólo de tarde en tarde se acordaba de la antigua austeridad, y los pretores siguieron yendo á España á reparar su hacienda, disipada en Roma en comensaciones y liviandades ó en las escandalosas profusiones que precedían á las elecciones.

(4) *ÆTERNITATIS AUGUSTÆ CIVITATIS VICTRIX TIBICATA TARRACONENSIS*. Templo de ocho columnas. Reverso de una moneda de Augusto acuñada en Tarragona.



Moneda de Tarragona (4)

En 153, un emisario de Cartago encontró á los lusitanos bastante irritados para impelerlos á la sublevación. Un pretor y nueve mil soldados murieron en la refriega, y para decidir la defección de los montañeses del centro de la península, les enviaron los vencedores los estandartes conquistados en el campo romano. Uno de los pueblos celtíberos, destinado á gloriosa fama, los arevacos de Numancia, se levantaron en armas y derrotaron tres veces al ejército enviado contra ellos. Una perfidia de los romanos pareció dar buen resultado al principio: Galba, vencido por los lusitanos, fingió tratar con ellos, los dispersó ofreciéndoles tierras fértiles; después cayó sobre los confiados y desprevenidos montañeses, mató treinta mil de ellos y se hartó de botín, lo mismo que sus soldados.

En la Celtiberia, deshonraba también la fe romana el cónsul Lúculo con una conducta idéntica. A duras penas había encontrado soldados: desde que el pillaje, poco productivo por otra parte, se había mezclado en una guerra mortífera, nadie se prestaba á la leva. Fué preciso que Escipión Emiliano afeara y reprendiera esta cobardía á la juventud romana y fuera el primero en dar su nombre para hacer alistamientos. Lúculo atacó sin motivo á los vaccenses, que vivían en buena inteligencia con Roma, y sitió una de sus ciudades, Cauca, donde se habían encerrado una multitud de hombres. Vivamente estrechados por el sitiador, trataron los habitantes y abrieron sus puertas. Lúculo, á pesar del tratado, en que se salvaban las vidas, pasó á cuchillo veinte mil y vendió el resto como esclavos. Así, en caso análogo, no quisieron entregarse los habitantes de Interca, sino bajo la garantía de la palabra de Escipión (150).

De la matanza de los lusitanos pudo escaparse un hombre llamado Viriato, antiguo pastor que conocía todos los senderos y pasos de las montañas y que fué el primero de esos heroicos caudillos que en todos tiempos encontraron los españoles. Comprometidos diez mil compatriotas suyos en una difícil posición, donde no podían luchar ni huir, Viriato los salvó por caminos que parecían impracticables. Su pueblo no quiso ya otro caudillo (147) y por espacio de cinco años hizo á los romanos una guerra de sorpresas y escaramuzas, en que perdieron sus mejores soldados. Sin embargo, comprendió que los lusitanos solos no podían salvar á España ni aun su propia independencia, y sublevó á los celtíberos.

Esta unión con el pueblo que ocupaba el centro de la península dió ya un carácter más grave á la guerra, y el senado envió contra los celtíberos uno de sus mejores generales, á Metelo el Macedónico, que los hostigó durante dos años (143-142) y tomó casi todas sus ciudades. Pero esta poderosa diversión favoreció los designios de Viriato, como quiera que el otro ejército romano al mando del cónsul Serviliano, quedaba solo expuesto á sus golpes. Encerrado en un desfiladero con su ejército, el cónsul no pudo evitar su completa destrucción, sino capitulando en los términos siguientes:

«En adelante habrá paz entre el pueblo romano y Viriato, y cada partido conservará lo que posee.»

Y los comicios ratificaron este tratado, que hubiera hecho morirse de vergüenza á los hombres de las generaciones precedentes (141).

Un nuevo general, Cepión, obtuvo luego autorización del senado para romper este tratado. Sorprendió á Viriato, que se abandonaba sin desconfianza á los juramentos recibidos, y lo rechazó á las montañas; luego, valiéndose del cohecho ganó dos asesinos, lusitanos por cierto, y estos traidores le dieron indigna muerte (140). Por espacio de ocho años había contrabalanceado el heroico Viriato la for-

tuna militar de Roma; pero su muerte desalentó á sus parciales. Ni siquiera tuvo Cepión que reñir una batalla para cubrir con algo de gloria la mengua de su cobarde perfidia: los lusitanos se sometieron de suyo y él los trasportó al seno de pueblos hechos ya al yugo de Roma, á orillas del Mediterráneo, donde Bruto, su sucesor (138-137), les hizo edificar á Valencia.

Este último caudillo tuvo que vencer aun algunas resistencias parciales: grupos numerosos recorrían el país; Bruto procuró domarlos á fuerza de hambre destruyendo todos sus cultivos y pasó al país de los galacios ó gallegos, hasta orillas del Océano, donde mostró á sus legiones el sol bajando al seno de aquellos misteriosos mares del Occidente, que levantaba incesantemente, según decían, la poderosa respiración de la tierra (1).

Bruto creía que la dominación romana había llegado á los términos del mundo. Sin embargo, á su espalda duraba aun la lucha de los héroes lusitanos. Metelo no había podido tomar todavía en la Celtiberia las ciudades Termancia y Numancia (2). La guerra de España, terminada al Sur por la muerte de Viriato y al Oeste por la expedición de Bruto, iba á concentrarse al Norte en las montañas que separándose de los Pirineos en las fuentes del Ebro, cierran al mediodía la cuenca de este río y dan nacimiento al Tajo y al Duero. La dificultad de los lugares, el indomable valor de los montañeses en defender este último asilo de su libertad, y sobre todo, la impericia de los generales romanos, dieron á este supremo esfuerzo de la independencia española las apariencias de una guerra peligrosa.

En 141 ajustó Pompeyo con los numantinos un tratado que no se atrevió á confesar en el senado, y su sucesor, Popilio Lenas, no se acercó á la heroica ciudad, sino para sufrir una derrota (138). El año siguiente el cónsul Mancino renovó la vergüenza de Serviliano: encerrado en una garganta sin salida por los bravos numantinos, les abandonó su campamento y sus bagajes y empeñó su palabra de suspender las hostilidades. Tan grande era ya la desconfianza inspirada por la buena fe romana, que hubieron de exigir los numantinos, para la observancia del tratado, el juramento de los oficiales de Mancino y de su cuestor Tiberio Graco, hijo de aquel Graco, cuya memoria veneraban los españoles (138).

El senado no quiso ratificar este tratado, y tomando de los antiguos tiempos solamente los ejemplos que se avenían con las nuevas costumbres, repitió la escena que siguió al convenio de las Horcas Caudinas: desnudo y maniatado Mancino, fué entregado á los numantinos que no quisieron recibirlo. En cuanto á Tiberio Graco, el pueblo se opuso á que se le impusiera igual castigo (3).

Ni otros caudillos ni otros soldados supieron borrar esta afrenta. Para acabar con la pequeña ciudad española, fué preciso nada menos que enviar contra ella al mismo que había acabado con Cartago. Escipión comenzó por restablecer la disciplina, desterrando del campamento la molice y la ociosidad; con tan buenos propósitos expulsó dos mil

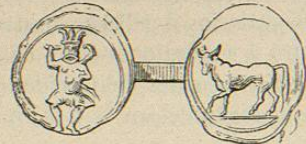
(1) Pomp. Mel., III, 1. Los fenómenos de las mareas del Atlántico eran objeto de admiración y asombro para los ribereños del Mediterráneo. Sin embargo, los antiguos habían observado ya la influencia de la luna en el flujo y reflujo del mar.

(2) Aun se ven las ruinas de Numancia á una legua de Soria, en una eminencia que sólo era accesible por un lado y tenía una legua de perímetro.

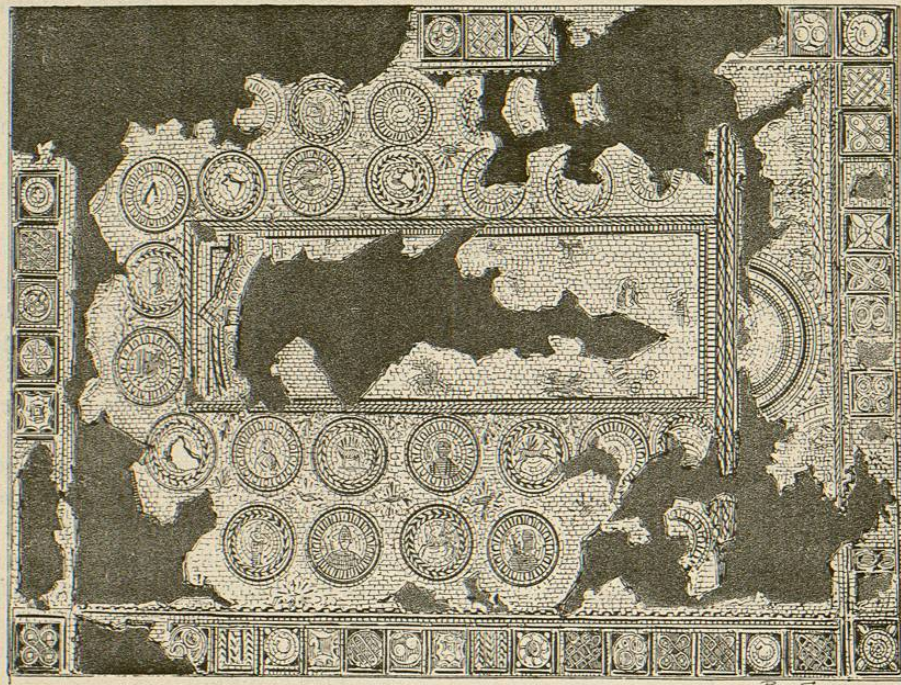
(3) Mancino tuvo valor para volver á sentarse en el senado; pero fué expulsado por el tribuno P. Rutilio, que sostenía que, entregado Mancino como cautivo al enemigo, había perdido el *ius civitatis*. Pero sus amigos invocaron en su favor el *ius postliminii*, ó el derecho de vuelta secreta, y una ley lo reintegró en sus derechos.

mujeres de mala vida y una multitud de arúspices, charlatanes y embaucadores que convertían el campamento en un inmenso lupanar ó en una desordenada feria; y luego, para ocupar á los soldados y acostumarlos á la fatiga, les hacía levantar muros para derribarlos luego, y cavar fosos para cegarlos después. «Que se cubran de lodo, decía, ya que no quieren cubrirse de sangre.»

Evitando toda acción general, atacó Escipión uno tras otro á los aliados de los numantinos, fué rechazando á estos poco á poco hasta su ciudad, adonde los encerró con un robusto muro flanqueado de torres. El Durius (Duero) bañaba el pie de la colina, que sostenía á Numancia, y por sus aguas, muchos aliados llevaban víveres á los sitiados. Escipión hizo echar al río vigas armadas de puntas de hierro y re-



Moneda de las Baleares (1)



Mosaico de Itálica (2)

Las Baleares eran un albergue de piratas, y Metelo tomó posesión de estas islas, después de haber exterminado á sus habitantes (123) (3).

Estas matanzas y victorias no explican cómo España vino á ser tan completamente romana, en lengua, costumbres é instituciones. Pocas colonias establecieron en ella los romanos, pues sólo se cita, en aquella época, el establecimiento militar de Itálica (4), fundada por los veteranos de Escipión, que vino á ser muy floreciente sin duda, cuando fué cuna de Trajano, de Adriano y de Teodosio, y otro establecimiento, menos importante, fundado en Carteya el año 171. El senado no era dado por entonces á deste-

(1) Cabiro; reverso, toro. Moneda de plata de las Baleares.

(2) Delaborde: *Voyage en Espagne*.

(3) Tito Livio, *Epist.* 60. Metelo fundó allí las ciudades de Palma y Polencia, que pobló con 3,000 colonos llevados de España (Estrabón, III, 5).

(4) Sevilla la Vieja, á 6 millas de Sevilla la Nueva, adonde emigraron sus habitantes cuando el Betis (Guadalquivir) cambió de lecho. Sus ruinas han desaparecido, y no queda de ellas más que un recuerdo, un mosaico descubierto en 1799, destruido después, pero que M. Delaborde había dibujado para su *Voyage en Espagne*.

des que estorbaran este socorro. Un caudillo numantino logró, sin embargo, salvar las líneas romanas y fué á solicitar el auxilio de Lucio. Escipión corrió á esta ciudad, exigió que se le entregaran cuatrocientos ciudadanos principales, y mandó que les cortaran las manos; en Cartago había hecho arrojar á los leones todos los tráfugas que pudo aprehender. Acosados por el hambre los numantinos, le pidieron una batalla, en que á lo menos pudieran encontrar muerte gloriosa; pero el romano se guardó bien de abandonar sus trincheras, y los redujo á degollarse entre sí (133). Sólo cincuenta numantinos siguieron en Roma el carro triunfal del vencedor.

Desagrada España, volvió, en fin, al reposo. Pero los montañeses del Norte, los astures, los cántabros, los vascos, no estaban aún domados. Los celtíberos y los vaccenses se removieron todavía durante la segunda guerra de los esclavos y la invasión de los cimbras. La dominación de España no debía completarse hasta Augusto.

rrar á los ciudadanos ni aun á los aliados, fuera de Italia.

Pero lo que la política no hacía, hacía la misma fuerza de las cosas. Cuando se procuró hacer la estadística de los contingentes llegados de Roma á la península ibérica, se halló que, del año 196 al de 169, en 27 años solamente, pasaron los Pirineos más de ciento cuarenta mil italianos y la estadística no es completa (5). No cabe dudar, por consiguiente, que muchos de aquellos soldados se quedaron en España casándose con mujeres del país. La colonia de Carteya en el fondo de la bahía de Gibraltar (6) es una prueba de ello, como quiera que se formó con familias mestizas; así no tuvo más que el *ius Latii* (7).

(5) Estos números no contradicen lo que hemos dicho en otro lugar. Los alistamientos fueron numerosos durante el primer período, cuando la Bética tenía aún las riquezas que los fenicios, los cartagineses y los siglos habían acumulado en ella; pero se hicieron más difíciles cuando sólo había que combatir pueblos tan pobres como belicosos.

(6) En el lugar llamado el *Rocadillo*, donde se ven todavía los restos de un anfiteatro.

(7) El hijo de un romano y de una mujer extranjera (*peregrina*), seguía la condición de su madre, á menos que no perteneciera á un pueblo ligado á Roma por el *ius connubii*. A causa de esto hubo para

El senado pues podía negarse á ofrecer á los pobres de Roma dominios en aquel lejano país; pero los generales no dejaron de imitar el ejemplo del primer Escipión, concediendo, como él, tierras á sus veteranos; de modo que, al mismo tiempo que se acababa por la fuerza de las armas la conquista violenta, comenzaba la conquista moral por la colonización individual ó privada. Estas infiltraciones insensibles, pero continuas, de sangre italiana, latinizaron pronto las provincias transalpinas (1) Por la razón contraria, allende el Adriático, donde las guerras fueron breves y las legiones no permanecían, subsistió la lengua griega. Conviene añadir que al Oeste, el elemento civilizador era el espíritu de Roma, mientras al Este era el helenismo. Cada uno de ellos hubo de absorber los elementos inferiores sobre los cuales influyera: el helenismo lo había hecho de mucho tiempo atrás en Asia; Roma comienza á hacerlo en España y lo hará pronto en la Galia. El Occidente va pues á ser latino y el Oriente permanecerá siendo griego.

II. - REDUCCIÓN DEL ASIA PERGAMENSE Á PROVINCIA ROMANA (133-129)

Es preciso volver ahora al Asia para seguir la obra de destrucción que el senado consumaba al rededor del Mediterráneo, de que pretendía hacer un lago romano.

De 188 á 133 no apareció un legionario en Asia; pero los comisarios del senado estuvieron siempre allí presentes, espionando los actos y palabras de los príncipes; interviniendo con autoridad en todos los negocios, para degradar á los ojos de los pueblos la majestad de los reyes; exigiendo ricos presentes (2) para tenerlos siempre abrumados; tomando á sus hijos en rehenes, para devolverlos, como á Demetrio, afectos á la causa de Roma; prohibiendo en fin la guerra, para que el ruido de las armas no despertara á aquellos pueblos adormidos.

Habíase presentado un impostor reclamando sus derechos á la corona contra el príncipe reinante Ariarato; y los comisarios romanos transigieron el litigio adjudicando al impostor la mitad de la Capadocia (147); Prusias de Bitinia había



Demetrio I, Soter (3)



Ariarato V (4)

vencido en son de guerra al rey de Pérgamo y entrado á saco la capital de su reino; y los comisarios lo condenaron á una indemnización de 600 talentos, que repartieron entre los perjudicados dando 500 á Atalo II y 100 á Metimne y otras tres ciudades cuyos territorios había devastado (155). A la muerte de Antíoco Epifanes, el legítimo heredero de la monarquía de los Seleucidas, Demetrio Soter, estaba en Roma.

los colonos romanos de Carteya una *capitis diminutio*, y la nueva ciudad no fué una colonia romana, sino latina.

(1) Más tarde César y Augusto enviarán á España numerosas colonias.

(2) Antíoco dió una vez 500 libras de oro; otra, 50 talentos (Tito Livio, XXXVI, 4; XLII, 6). Prusias ofreció una corona de oro de 150 talentos.

(3) De una tetradracma.

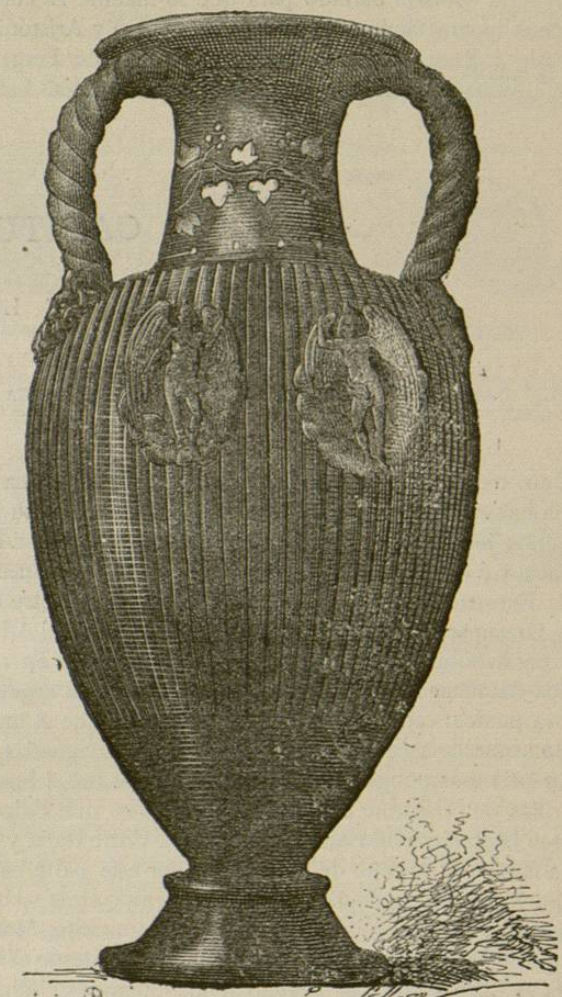
(4) Cabeza de Ariarato V. De una tetradracma.

El senado hizo proclamar por rey á un niño, á Antíoco Eupator, y dió á Octavio la misión de ir á Siria á quemar los barcos, matar los elefantes y dispersar el ejército. Pero Demetrio pudo evadirse con ayuda de Polibio que le fletó un barco cartaginés. Con la mayor solicitud hizo luego el senado alianza con los judíos, á la sazón sublevados contra los Seleucidas, bajo el mando y conducta de Judas Macabeo, y reconoció su independencia (158). En Egipto, elegido por árbitro entre Fisción y Filometor, desmembró el reino disimulando su pérdida política con apariencias de imparcialidad y rectitud. Así, la herencia de los Tolomeos vino á formar tres Estados: Egipto, Chipre y Cirenaica.

Los reyes de Pérgamo habían prestado muchos servicios en las guerras contra Filipo, Antíoco y Perseo para que el senado se mostrara abiertamente enemigo de ellos. Pero en-



Antíoco V, Eupator (5)



Vaso de Cirenaica (6)

tre los Estados la gratitud dura poco, y los romanos habían comprendido pronto que era de capital interés para ellos que

(5) De una tetradracma.

(6) Vaso negro de la fábrica de Cirenaica. En la estrizada panza lleva cuatro medallones semejantes, en relieve, representando un genio alado con un cuerno de la abundancia. Las dos asas están trenzadas á manera de cuerdas; en el cuello, guirnaldas de enredaderas, y en las juntas inferiores de las asas, mascarones de Medusa. Gabinete de Francia, núm. 3333 del catálogo.

los Atálidas no vinieran á ser jefes de una gran monarquía asiática. Por eso, hubo de limitarse Manlio á deprimir el orgullo de los gálatas sin quitarles su libertad, á fin de que los pergamenses hallaran siempre á sus puertas adversarios que los tuvieran á raya en su ambición; por eso tampoco intervenía el senado de manera que cesaran las contiendas de Eumenes y Atalo con los bitinios. Su política era dejar que aquellos reyezuelos asiáticos agotaran sus fuerzas en vanas querellas, que sus comisarios transigían, cuando tomaban un giro demasiado favorable para alguno de los contendientes.

De los dos sucesores de Eumenes, muerto en 159, el segundo, Atalo III, mostró una crueldad insensata: alternativamente escultor, fundidor y médico, daba muerte á los que no aplaudían sus locuras, y ensayaba en sus guardias y hasta en sus deudos y amigos las plantas venenosas que él mismo cultivaba. Cuando murió en 133, el senado sostenía que por su testamento había instituido por heredero al pueblo romano comprendiendo en los legados el reino; pero un hijo natural de Eumenes, Aristónico, sublevó á los habitantes, batió é hizo prisionero al cónsul Licinio Craso, el cual insultó á un soldado bárbaro para que lo matara. El cónsul Perpena reparó fácilmente esta derrota (130) y Aristónico, enviado á Roma, fué estrangulado: el reino de Pérgamo vino á formar entonces la nueva provincia de Asia.

CAPITULO XXXIV

ORGANIZACION DE LAS PROVINCIAS ROMANAS

I. — EXTENSIÓN DE LOS DOMINIOS DE LA REPÚBLICA HACIA EL AÑO 130

Unos treinta años antes de nuestra era, la república romana había acabado sus grandes guerras y fundado su imperio: no le quedaba que vencer más que á Yugurta, á Mitridates y á los galos. Poseía ya las tres grandes penínsulas de la Europa meridional: España, Italia y Grecia. Entre Italia y Grecia se había abierto un camino al rededor del Adriático por la sumisión de los istrios y de los yapodes en 129, de los dálmatas en 154, de los ilirios antes de la segunda guerra púnica; camino poco seguro aún, hasta que el imperio lo acabe de asegurar dando nuevos golpes á aquellas rudas y belicosas poblaciones. Hasta un pretor fué á buscar á orillas del Danubio aquellos pueblos galos que Filipo y Perseo habían querido lanzar sobre Italia. Entre Italia y España faltaba el camino de tierra; pero por esta parte había hecho Roma útiles alianzas de mucho tiempo atrás y en algunos años formará allí una provincia. Entre tanto, Marsella aprestaba sus barcos, su puerto, sus pilotos, desde el Var hasta el Ebro, y ponía al servicio de los romanos su influencia sobre los bárbaros de las inmediaciones. Sus espías habían advertido á Roma el paso de Aníbal por el Ebro, vigilado su marcha por la Galia y guiado á los jinetes de Escipión en los reconocimientos; y para defender á tan útiles aliados, hubo de enviar el senado en 154 sus legiones allende los Alpes contra los oxibios y los deciatas, que amenazaban las factorías masaliotas de Niza, Antibes y Mónaco. Roma debía asegurar á toda costa sus comunicaciones con España.

La independencia dejada á algunos distritos montañosos del Norte de España, de la Cisalpina y de la Iliria no impide considerar las tres penínsulas de Europa como sumi-

El rey de Capadocia, Ariarato V, que había prestado ayuda á los romanos en esta guerra, murió en ella, y el senado recompensó tan generosa fidelidad con la donación de la Licaonia y la Cilicia. No fué un presente de que Roma pudiera arrepentirse un día. En efecto, Ariarato había dejado seis hijos; su viuda dió muerte á cinco y sólo dejó vivir al menor para reinar en su nombre. Pero el pueblo se levantó en armas y le dió muerte á su vez. Semejante reino no era de peligrosa vecindad para la nueva provincia.

Así, pues, en el espacio de algunos años hubo de someter Roma á su ley la mayor parte de los países que baña el Mediterráneo, poniendo en sus conquistas menos heroísmo que perfidia ó doblez.

Desde la gran lucha de la segunda guerra púnica, la verdad es que no había habido para ello graves peligros que arrostrar, por cuya razón hubiera podido mostrarse más generosa.

Pero esta moderación no está en la naturaleza humana. Cierta fuerza de las cosas se establece é impone de suyo y todos ceden á su impulso, hasta los mismos que ven sus peligros. Si, vencido ya Aníbal, los romanos se hubieran encerrado en Italia con la firme resolución de no salir de ella, habrían sido un pueblo de sabios inverosímiles, porque esos pueblos no se conocen en la historia.

En el Asia Menor dominaban hasta el Tauro; pero habiendo reconocido en la expedición de Manlio la flaqueza de los gálatas, antes tan temibles, no les habían exigido aún el abandono de una libertad, que á aquel extremo de las fronteras de la república era menos molesta que útil. Gavio, la gran ciudad de Ancira, y hasta Pesinunte, que desde el arribo de Cibeles á las márgenes del Tíber, habría debido ser para los romanos una ciudad santa, permanecían pues en manos de los tetrarcas galos. En Africa había conservado el territorio de Cartago, que no podían ya inquietar los nómadas, divididos desde la muerte de Masinisa, entre varios reyes. Egipto estaba además bajo su tutela, los judíos al arrimo de su alianza, y á su discreción los pocos régulos que quedaban en el Asia Menor. Rodas y las ciudades griegas del litoral asiático le tributaban honores divinos (1); en fin, antes de seis años será también atacada la Galia transalpina.

La dominación de Roma ó su influencia se extendía pues desde el Océano hasta las orillas del Eufrates, y desde los Alpes hasta el Atlas. Pocos esfuerzos se necesitaban ya para acabar la pomposa obra del imperio romano.

Hora es ya de examinar la organización dada por el senado á los países de ultramar ó transalpinos, como estudiamos, después de la guerra del Samnio, los arreglos hechos en la Italia conquistada. En los capítulos siguientes veremos los resultados que tuvieron estas conquistas para el estado interior.

(1) Polib., XXXI, 14. En 163 colocaron los rodios en el templo de Minerva, en honor del pueblo romano, un coloso de 30 codos de alto. Desde el año 170: *Alabandenses templum urbis Roma se fecisse commemoraverunt, ludosque anniversarios ei diva instituisse* (Tito Livio, XLIII, 6). Esmirna había hecho otro tanto 25 años antes (Tac., Ann., IV, 56).

El territorio de la república se dividía en dos partes: la Italia al Sur del Rubicón y del Macra, y las provincias, tierras tributarias, que eran ocho entonces, á saber:

Sicilia, dividida en razón de su riqueza, en dos cueturas, cuyo asiento estaba en Lilibeia y en Siracusa (1);
Córcega y Cerdeña;
Cisalpina;
Macedonia, con Tesalia, Iliria y Epiro;
Asia pergamense;
Africa cartaginesa;
España Ulterior;
España Citerior;
Acaya, es decir Grecia y sus islas, acaso considerada como una nueva provincia, aunque no tenga aún gobernador particular.

A estos dominios de la república hay que añadir otro: el Mediterráneo le pertenecía, y la divina pareja de los dioses



Roma divinizada (2)



Neptuno (3)

de la mar, Neptuno y Anfítrite, que tanto habían honrado los griegos, comenzaba á recibir los homenajes de Roma. Neptuno había tenido bien tarde un templo en el Campo de Marte, y nada sabemos del culto que se le daba, ni siquiera á punto fijo el día en que se celebraba su fiesta. Los artistas griegos al servicio de los romanos ricos gustarán de multiplicar las graciosas representaciones de Anfítrite y sus Ne-reidas; engañosas imágenes de la paz reinando sobre las ondas, porque Roma no dará á su dominio marítimo la seguridad que ofrece á sus provincias continentales. Ha destruído todas las flotas extranjeras, sin reemplazarlas, y no hace nada por la policía de los mares, donde la piratería se ejercerá impunemente por espacio de mucho tiempo.

II. — LA PROVINCIA

En la antigüedad la guerra sin cuartel daba al vencedor los bienes, la tierra, la vida y hasta los dioses del vencido (4). El senado había ejercido al principio este tremendo

(1) Cic., in Verr., II, 4.
(2) Busto colosal del Museo del Louvre, n.º 170 del catálogo Clarac.
(3) ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΔΗΜΗΤΡΙΟΥ (del rey Demetrio) y dos monogramas. Neptuno en pie, con el tridente en la mano. Reverso de una tetradracma de Demetrio Poliorcetes.
(4) Divina humanaque omnia, dicen Plauto (Amphit., I, 1, 102) y Tito Livio (I, 38). El suelo provincial se consideraba como dejado

derecho en todo su rigor, respecto á algunos pueblos de Italia; el Epiro, Corinto, Cartago y Numancia tuvieron la



Moneda de la Cisalpina (5) Moneda de la liga aquea (5)

misma suerte, la destrucción. Pero generalmente Roma dejaba á sus súbditos su religión, sus leyes, sus magistrados,



Moneda de la Macedonia segunda (7)

su senado y sus asambleas públicas, la mayor parte ó la totalidad de sus tierras y de sus rentas; en una palabra una



Moneda de Tesalia (8) Moneda de Iliria (9)

grande independencia municipal, y hasta una suerte menos dura que en el tiempo de su libertad, porque el senado so-



Moneda del Epiro (10) Moneda de Pérgamo (11)

lía disminuir el tributo que antes pagaban á sus antiguos

en goce á sus antiguos dueños bajo la reserva del derecho superior del pueblo romano, derecho representado por el tributo. Cicerón in Verr., III, 6.

(5) Cabeza laureada de Apolo; al reverso, cabeza de caballo. Imitación bárbara de monedas cartaginesas y campanienses. ΚΕΣΙΟΣ, nombre de jefe. Moneda gálica de la Cisalpina.

(6) Cabeza de Júpiter. En el reverso AX en monograma, FAM y un rayo alado en una corona de laurel. Dracma de la Acaya (liga aquea).

(7) Cabeza de Diana en un escudo macedónico. En el reverso: ΜΑΚΕΔΟΝΩΝ ΔΕΥΤΕΡΑΣ (de la segunda región de los macedonios); dos monogramas y la maza de Hércules en una corona de encina. Tetradracma.

(8) Cabeza de Minerva; detrás un monograma. En el reverso: ΘΕΣΣΑΛΩΝ y un monograma. Caballo en marcha. Moneda de plata de Tesalia.

(9) ΘΕΟΔΩΤ (nombre de magistrado) y dos monogramas. Vaca dando la ubre á su becerro; en el exergo un bucranio. En el reverso ΑΠΟΛ (Απολλωνίου) ΑΡΧΗ (nombre de magistrado) y plano de los jardines de Alcinoó. Dracma de Apolonia de la Iliria.

(10) Júpiter laureado. En el reverso ΑΠΕΙΡΩΤΑΝ y un águila de pie en una corona de laurel. Didracma del Epiro.

(11) Cabeza de Hércules. Al reverso ΠΕΓΑ. Minerva en pie y un rayo. Dracma de Pérgamo.